



15

El Bautismo del Señor

Hoy vamos a contemplar un misterio clave en la vida del Señor, el misterio del Bautismo, vamos a descubrir cómo este acontecimiento es verdaderamente importante, decisivo. Este misterio encierra una síntesis de todo el misterio cristiano.

Vamos a ir contemplando este pasaje desde la perspectiva luminosa para nuestra vida cristiana. Por eso hoy, sobre todo, quiero remitiros a la Escritura, como siempre, y al Catecismo de la Iglesia Católica que nos transmite la fe de la Iglesia.

Los que lo deseáis podéis profundizar en la referencia de los textos del Bautismo del Señor, en el capítulo primero de san Marcos, en el capítulo tercero de san Mateo, en el capítulo tercero de san Lucas y en el capítulo primero de san Juan. Son las narraciones fundamentales de los Evangelios.

Luego en el Nuevo Testamento tenemos también dos textos clave, son: Romanos, 6 y Filipenses, 2. Nunca tenemos que olvidar para comprender el Bautismo del Señor, los cánticos del Siervo de Yahveh en el profeta Isaías, especialmente el cuarto cántico, la gran profecía de la pasión que es el capítulo 53 de Isaías.

En el Catecismo si lo deseáis, podéis ver los números del 535 al 537 donde nos habla del Bautismo del Señor con el resumen que ofrece en el número 565. Y hablando del bautismo cristiano, del Sacramento del Bautismo podéis ver también los números del 1217 al 1228.

Evangelios				Nuevo Testamento		Cántico Siervo Yahveh	Catecismo Iglesia Católica	
Mt 3	Mc 1	Lc 3	Jn 1	Rom 6	Flp 2	Isaías 53	535-537 y 565	1217-1228



Pues vamos a adentrarnos en este misterio maravilloso, acudimos a la narración del evangelista san Marcos:

Texto (Mc 1, 9-11)

«Y sucedió que por aquellos días vino Jesús desde Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán. En cuanto salió del agua vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en forma de paloma, bajaba a él. Y se oyó una voz que venía de los cielos: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.»



Sabemos que había un bautismo, el bautismo de Juan, era un bautismo de conversión. Juan además de este bautismo que él hacía, había anunciado que detrás de él venía otro, el Señor, que traería un bautismo nuevo y definitivo. Decía Juan: «*Yo os bautizo con agua, pero el que viene detrás de mí os bautizará con Espíritu Santo y fuego*».

Por lo tanto, al comienzo del evangelio antes de la aparición de Jesús, antes de su salida de la vida oculta, tenemos la referencia a dos bautismos: el que está haciendo Juan, bautismo de conversión; y el bautismo que traerá Jesús, en Espíritu Santo y fuego.

Entre los dos momentos, el bautismo de Juan y el bautismo cristiano, encontramos un hecho que acontece, **el Bautismo de Cristo, el bautismo que va a vivir Jesús, haciéndose bautizar por Juan. Es un bautismo que nos remite a la Pascua, a lo que tiene que vivir el Señor, a su pasión y su resurrección.**

Jesús sale de Nazaret y se pone a la fila de los pecadores, como uno más pide ser bautizado por Juan. Juan perplejo duda, Jesús tiene que insistir y convencerle, y sabemos cómo Jesús, puesto en la fila de los pecadores, se hace bautizar. **Desciende, se sumerge en las aguas y sale de ellas.** Y como nos dice el evangelista san Lucas: «*puesto en oración, después de ser bautizado, los cielos se abren*, –dice san Marcos: “*se rasgan los cielos*”– **y descende el Espíritu Santo en forma de paloma, y una voz desde el Cielo dice: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco**».

A continuación veremos a Jesús iniciar su vida pública, su misión entre los hombres guiado por el Espíritu. Lo primero que nos narran los evangelios es que forzado, guiado, empujado por el Espíritu fue al desierto, donde estuvo orando y fue tentado por el diablo.

Desde aquí vamos a intentar comprender un poquito mejor este misterio maravilloso del Bautismo de Jesús. Fijaos, es lógico que Juan dude ¿por qué? Porque Jesús viene a redimir, viene a salvar a los pecadores y se queda perplejo al ver que el que tiene que salvar pide ser bautizado, como uno más puesto a la fila de los pecadores, como había preanunciado Isaías: «**contado entre los pecadores**»(Is 53, 12), se hace bautizar.

Y uno piensa ¿cómo es posible que Dios hecho hombre, el Santo se deje bautizar en un bautismo de conversión para el perdón de los pecados? Pues mirad, precisamente porque esto es lo que expresa la misión de Señor. Cristo ha venido a salvar a los hombres pecadores, y para que sean salvados este es el camino de Dios. Dios descende haciéndose hombre, asumiendo y abrazando la humanidad pecadora, va a sumergirse en la humanidad pecadora hasta el final, va a hacerse el cordero de Dios que quita el pecado del mundo, porque lo toma y lo lleva sobre sí. De aquí que precisamente el Bautismo expresa de una manera preciosa la misión del Señor.

¿Cuál es **la gran misión de Cristo**? Su misión es **salvarnos sumergiéndose en la humanidad**, he aquí lo que significa el bautismo. Jesús tiene que sumergirse en la miseria de la humanidad herida por el pecado. Para salvarnos no bastaba con hacerse uno de nosotros y compartir la vida humana; tenía que purificarnos, tenía que redimirnos y curar nuestras miserias, tenía que expiar nuestros pecados, tenía que librarnos del pecado y sus consecuencias, la última de ellas la muerte.

De aquí que cuando vemos al Señor descender a las aguas, comprendemos que Jesús expresa el centro de su misión: ha venido a salvar haciéndose una sola cosa con los hombres pecadores. Ahora comprendemos cuál es el camino de la redención: es un camino de amor infinito, de amor impensable para los hombres. Dios quiere que lleguemos a ser uno, pero para que nosotros podamos ser uno con Él, tiene que redimirnos de las consecuencias del pecado haciéndose Él uno con nosotros.

Por eso, en el bautismo el Señor nos expresa hasta dónde tiene que llegar: no basta ser hombre, hay que abrazar, identificarse y solidarizarse con el hombre pecador. Podemos decir con las palabras de san Pablo en la Carta a los Filipenses (Flp 2, 5-11), nos expresa el misterio de Cristo con tres frases: “*se despojó*”, “*se rebajó*”, “*fue exaltado*”.

“*Se despojó*”, porque el Hijo de Dios se hizo hombre de verdad, no hizo alarde de su categoría de Dios, no retuvo ávidamente el ser de condición divina, el ser Dios, sino que se despojó de la gloria que le correspondía como Dios y quiso vivir una vida humana, terrena como la nuestra: *pobre, débil, sufriente y mortal*. Lo hemos estado contemplando en el misterio de la Navidad. Ahora bien, no basta esto, porque Jesús se ha vaciado de su gloria y vive como uno de nosotros. **La distancia entre el Señor y nosotros es infinita porque Él es Santo y nosotros somos pecadores. Esta segunda barrera. La primera era bajar del Cielo a la tierra y vivir una verdadera vida humana.**

“*Se rebajó*”. Dentro de la tierra hay una barrera también infinita, **la barrera entre la santidad de Dios y el pecado del hombre. Y esta es precisamente la barrera que Dios salta**, no pecando, evidentemente porque Cristo ni pecó ni podía pecar, sino que lo salta –y este es el misterio–, haciendo suya nuestra realidad, abrazándonos y haciéndonos a nosotros parte de sí, abrazando lo que somos en toda su realidad. Por eso el bautismo expresa este misterio admirable: **Jesús se sumerge plenamente en la humanidad pecadora**. Puesto a la fila de los pecadores, como uno más, baja, desciende, se hace bautizar, sale, ora, y orando los cielos se abren, desciende el Espíritu, la voz del Padre.

Cristo en la fila de los pecadores evoca el misterio, ha venido a redimirnos pasando a través de su **BAUTISMO: SU PASIÓN, MUERTE Y SEPULTURA PARA DESPUÉS RESUCITAR (“fue exaltado”)**.



¿Qué es para Dios, hacerse hombre? Es encarnarse hasta las últimas consecuencias, hacerse uno con quien ama, con cada uno de nosotros. Jesús se desposa hasta el final con la humanidad en un abrazo infinito de amor. **Su solidaridad con nosotros es total y universal.**

– **Total**, porque Cristo hace suyo todo lo humano, también aquello que tenemos y que no viene de Dios, lo que es fruto de nuestro pecado, también eso el Señor lo ha asumido. **Total**, porque nada humano ha dejado de abrazar Jesús, incluso el pecado y sus consecuencias, hasta la última de ellas que es la muerte. Nada de ti, Jesús ha dejado de abrazar, ¡nada!

Al contemplarlo en el Bautismo, mírale cómo se hace cercano a ti, se pone a tu lado, a la fila de los pecadores, y desciende para tomar eso que tú no puedes quitarte, que tú no puedes curarte, de lo que tú no puedes salvarte, porque ni tú ni yo podemos salvarnos ni librarnos del pecado y sus consecuencias. Mira al Señor descender viéndonos indigentes, heridos, necesitados de salvación, todo, todo lo que tú eres, todo lo que tú vives, el Señor lo ha abrazado.

– **Universal**, porque el Señor ha abrazado a todos, nadie ha quedado fuera de ese abrazo. La fila de los pecadores evoca la realidad de la humanidad entera, ni un hombre, ni una mujer, ningún ser humano ha quedado fuera del abrazo de Cristo. Por todos se ha entregado, a todos ha asumido, a todos ha hecho parte de sí. El Señor ciertamente nos ha amado, sumergiéndose en nuestra humanidad, hasta la pasión y muerte de cruz.



El Señor se reviste de nosotros, hasta el punto de que nosotros pasamos a formar parte de Él. Y así, revestido de nosotros, sale de las aguas y ora. Es Jesús, que siendo el Hijo encarnado se despojó de la gloria que le correspondía, se rebajó, se humilló, se anonadó. San Pablo habla de la pasión, que es precisamente el misterio que evoca el bautismo de Cristo.

Al principio os decía que había un bautismo, el de Juan, que había anunciado otro bautismo, el bautismo cristiano, el Sacramento del Bautismo, el bautismo que traería Jesús. Entremedias está el Bautismo de Cristo, que da paso de uno a otro.

El Bautismo del Señor es una figura de su propia Pascua. El Señor ha aludido a ello en el evangelio dos veces, vamos a ver dos textos que nos hablan del bautismo del Señor.

Texto (Lc 12, 49-50)

«He venido a arrojar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!»

Estas palabras nos hablan de fuego y de bautismo. ¿Os acordáis de lo que decía san Juan Bautista? Jesús bautizará en Espíritu Santo y en fuego. Pues el Señor ha venido a traer fuego a la tierra. Pero tiene que ser bautizado con un bautismo, y Jesús lo dice después de su transfiguración. Por lo tanto, aunque el Señor fue bautizado por Juan en el Jordán, el Señor habla de otro bautismo que todavía no ha llegado, porque en la vida pública, Jesús está mirando al centro de su misión, al bautismo de su pasión y muerte.

El Señor vuelve a aludir en otro texto que encontramos en el evangelio de san Marcos. La pregunta que le hacen al Señor los Zebedeos:

Texto (Mc 10, 35-40.45)

«Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?»

Ellos le dijeron: «Sí, podemos.» Jesús les dijo: «El cáliz que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado; pero, sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado.»

Fijaos, Jesús está ya en la última etapa de su vida pública, ya fue bautizado por Juan, y sin embargo el Señor habla aquí de un bautismo futuro, **«el bautismo con el que será bautizado y el cáliz que ha de beber»**. Evidentemente, el Señor está hablando de la pasión.

El Señor concluye el diálogo con Santiago, Juan y los apóstoles de la siguiente manera:

«... el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos.»

Este es el centro de la misión del Señor, dar su vida en rescate por muchos y esto se realiza a través de la pasión, muerte y resurrección del Señor. El Señor va a entregar su vida en la cruz para que nosotros seamos salvados. Por lo tanto, fijaos, para poder comprender la hondura del bautismo del Señor, vemos un acontecimiento real (el bautismo) que ha sucedido, que nos está remitiendo al futuro (su Pasión). Cuando Jesús se hace bautizar por Juan es plenamente consciente en su corazón de cuál es el centro de su misión.

Jesús todavía no ha pronunciado ninguna palabra en la predicación, en el anuncio del evangelio, todavía no ha hecho un solo milagro, todavía no ha llamado un solo discípulo, y tantas cosas que podríamos decir de la vida pública, y antes de comenzar esto Jesús ya es plenamente consciente de cuál es el centro de la misión que el Padre le ha encomendado. Todo eso, predicar, curar, realizar milagros, todos los gestos y obras de la vida pública son importantes y eran necesarias.

Ahora bien, **el centro de la salvación de la humanidad está en la Pascua de Cristo, en el Bautismo real del Señor, donde el Señor va a pasar por la muerte para resucitar y así salvar a la humanidad.**

De aquí que cuando Jesús se acerca al bautismo de Juan, tenemos que descubrir **lo que Él está viviendo en su corazón** porque es **decisivo**, como es decisivo en nuestra vida lo que realmente tenemos dentro, cuales son las actitudes de nuestro corazón, lo que deseamos vivir por nuestra voluntad libre, el amor que hay o deja de haber dentro de nosotros. Aquí está la cuestión.

Sabemos muy bien lo que el Señor tiene en el corazón, lo que tiene es una claridad total sobre el plan del Padre, Él ve al Padre y sabe perfectamente lo que el Padre quiere. Ese plan de Dios había sido expresado ya en la Escritura tantas veces, pero de una manera especial había sido recogido en el cuarto y último cántico del Siervo de Yahveh del profeta Isaías.

Veamos las últimas palabras del capítulo 53 de Isaías:

Texto (Is 53, 10-12) _____

«Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Mi Siervo justificará a muchos y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes, ya que se entregó a la muerte y fue contado entre los pecadores, cuando él llevó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores».

Cuantas veces ha rumiado el Señor en Nazaret estas palabras, cuantas veces ha dialogado con el Padre sobre esto. Jesús en el silencio de Nazaret, en compañía de José y de María, ha preparado el corazón. Él, que es Dios hecho hombre para su misión, y su misión es ésta, abrazar la humanidad herida y pecadora para salvarla. Él sabe bien que el centro de su misión está aquí, entregarse a la muerte, ser contado entre los pecadores. ¿Veis? El Señor, allí en el Jordán, mezclado entre los hombres se hace nuestro hermano.

Y es precisamente esto la luz que va a iluminar toda su vida, desde el comienzo de su vida publica en su bautismo, Jesús es el siervo del Padre, enteramente consagrado a la obra redentora que llevará a cabo en el bautismo de su pasión. A la luz de esto tenemos que verlo. Y ese **corazón del Señor** se nos descubre como un **corazón obediente**: Jesús no hace lo que le parece, vive en una continua comunión amorosa con el Padre, su corazón se identifica plenamente con el camino que el Padre quiere seguir para la salvación de la humanidad.

Sí, el bautismo es la “epifanía”, la manifestación de Jesús como Hijo de Dios y Mesías de Israel, como Salvador del mundo. Pero en esta manifestación de la identidad de Jesús y de su misión, el Padre nos descubre también cual es el camino. Jesús en el bautismo se nos revela como **el Mesías de la cruz**: es la sabiduría de Dios. La humanidad va a ser salvada a través del misterio pascual. Corazón consciente de la voluntad del Padre, corazón obediente a lo que el Padre quiere, **corazón humilde**. Jesús se humilla, Jesús no desprecia a los hombres pecadores, no encuentra indigno de sí el hacer suya mi miseria, porque me ama de verdad porque sabe que sólo Él me puede salvar, Él desciende y toma sobre sí lo que no es suyo, hace suyo lo que es mío, el Señor asume nuestra realidad, nuestra pobreza, nuestro sufrimiento, nuestra muerte.

El Señor, que es Dios y es Santo, se humilla para acoger y abrazar al pecador. El Señor ora, vive un misterio profundo, porque Él sabe que el Padre quiere curar nuestros pecados y volver a dar a los hombres la participación en la vida divina. El Señor sabe perfectamente que esto se dará, en la medida en que el hombre pida el don de Dios. Pues fijaos, el Hijo de Dios, como hombre pide, suplica, implora, **Jesús puesto en oración**, hecho mendigo en nombre de la humanidad entera, suplica y los cielos se rasgan y se abren.

Corazón orante, corazón encendido en amor, el Señor vive todo esto porque ama a aquellos por los que asume hasta la muerte y muerte de cruz. De aquí, que el amor del Señor es un amor encendido, un amor infinito, un amor divino humanamente vivido, un corazón divino que arde en un corazón humano, ese amor nos descubre que quien ama de veras ama la realidad del otro, asume la realidad del otro, y sabe padecer las consecuencias de lo que el otro es y al otro le pasa.

Aquí encontramos la **clave de la Redención: sólo es salvado lo que es asumido**. El Señor, como lo expresó en el lavatorio en la Última Cena, se humilla a los pies de cada uno de nosotros para recoger toda nuestra miseria, todo aquello que tenemos que no ha salido de Dios y de lo que nosotros no podemos librarnos. Toda la podredumbre del hombre viene sobre Él y la abraza porque nos ama.

Revestido de nosotros, así, el Señor ha descendido. En el bautismo realmente Jesús nos ilumina sobre el centro de su misión, el centro que se cumplirá en su sacrificio redentor. Sí, **Jesús** se ha sumergido en la humanidad, **obediente** a la voluntad del Padre, **humilde, orante**, un corazón que **nos hace suyos** para siempre. **El Señor en su bautismo nos explica lo que es amar**, quien ama se identifica plenamente con la persona amada.



El Señor sale de las aguas y humildemente ora. Y el fruto de esta humillación y de esta oración del Señor, de esta obediencia del Señor es que los cielos se abren, desciende el Espíritu en forma de paloma, como dice san Juan: *«aquel sobre quien veas que baja el Espíritu y reposa sobre Él, ese es el que bautizará con Espíritu Santo»* (Jn 1, 33)

El Espíritu Santo desciende para reposar en Jesús, se oye la voz del Padre que dice: *«Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco»* ¡Atención! Porque tenemos aquí la imagen de **la bendición**. El Cielo se abre hacia la tierra, el Cielo baja en forma de palabra y de don. La palabra del Padre que habla al hombre, el Espíritu Santo que desciende personalmente. No es cualquier palabra, es la palabra del Padre; no es cualquier don, es una Persona divina: el Espíritu. Y ¿quién lo recibe? La segunda persona divina en su humanidad, uno con nosotros, revestido de nosotros. El Señor escucha la voz del Padre, la palabra del Padre, y el don del Padre: el Espíritu Santo, la tercera persona divina.

Aquí es cuando comprendemos la gran bendición, Cristo es Dios y hombre. Como hombre, Cristo es bendecido por el Padre y es la bendición prometida por Dios a los hombres; en Él, en Cristo, es en quien serán benditas todas las razas, todas las naciones, todos los hombres de la tierra. Pero Jesús también, como Dios, como Salvador es el que nos bendecirá y derramará su bendición sobre el mundo.

Jesús que va a vivir en esta constante bendición de Dios, en obediencia al Padre y guiado por el Espíritu. Después de Bautismo, guiado por el Espíritu irá al desierto; después en el poder del Espíritu comenzará su vida pública, la predicación, los milagros, la elección de los discípulos, todo el desarrollo de la vida pública, pero siempre mirando hacia una meta, hacia la pasión y la resurrección. Por eso el bautismo de Jesús nos hace ver cómo el Señor ha vivido siempre con el deseo de la “Hora”, de su hora, de la hora de pasar de este mundo al Padre a través de la pasión. Llegar a la gloria divina habiendo abrazado y redimido a los hombres.

El Señor cuando viva de verdad su bautismo plenamente en la Pascua, sucederá otro acontecimiento que se prefigura en el bautismo del Señor. Hemos visto cómo Jesús descendía, se sumergía en las aguas, en el bautismo que simboliza la muerte, sale de las aguas, ora, se abren los cielos, desciende el Espíritu Santo. Cuando el Señor muere y después resucita, entra en los cielos y se sienta a la derecha del Padre e intercede por nosotros, y desde el Cielo derrama el Espíritu Santo sobre la Iglesia, obediente y puesta en oración con María. El Espíritu Santo desciende como lenguas de fuego, un fuego que fue a posarse sobre cada uno de los discípulos que estaban orando, también sobre María, la Virgen que oraba con ellos. Cristo glorioso bendice a los hombres comunicando el Espíritu Santo.

¿Veis? **El Bautismo nos ilumina la vida cristiana** también, el hombre participando de la muerte y resurrección del Señor, recibe el Espíritu Santo para vivir en Cristo. Y esto es lo que nos prefigura la vida cristiana, una vida en el Espíritu. ¿En qué consiste lo fundamental de nuestra vida cristiana? Pues mirad, así como descubrimos que **el misterio de Cristo es un sumergirse de Dios en el hombre para sumergir al hombre en Dios**, de la misma manera **la vida cristiana es un sumergirse en Cristo**; esto es la vida cristiana, **un revestirse de Cristo**.

¿Qué es, lo que nos ha acontecido realmente en nuestro bautismo? El día de nuestro bautismo hemos sido sumergidos en la muerte del Señor y hemos renacido a una vida nueva, a la vida de Dios. Este es **el misterio de nuestro bautismo**, que nos ha dado **una nueva identidad: somos Cristo** mismo, **hemos sido hechos Cristo**, esto es lo que ha sucedido realmente en nuestro bautismo.

De aquí, descubrimos que **lo que hemos recibido** como identidad, a la vez **ha de desarrollarse**. Jesús es el sacerdote que salva el mundo, es el salvador, es Dios y hombre; Él es el salvador de la humanidad y lo es desde el instante de su encarnación. Ahora bien, Él todavía tiene que vivir una historia, ha de desarrollar la obra del Padre, ha de realizar la obra de la salvación y solo es plenamente salvador cuando ha llegado resucitado y glorioso a la derecha del Padre.

Cuando vemos al Señor recibiendo el bautismo de Juan, esto nos está diciendo que todavía el Señor tiene que desarrollar una misión hasta que viva su Pascua; pues bien, cuando nosotros hemos sido bautizados, hemos recibido nuestra identidad para ser y vivir como Cristo, pero esto, que a la vez es un don y una identidad ya dada es a la vez una vocación a desarrollar, una tarea para la vida. Sí, nuestra tarea es que habiendo sido sumergidos en Cristo, revestidos de Cristo, tenemos que llegar a ser plenamente como Él es. Y esto, ciertamente, lo sabéis muy bien, está por hacer, eso es lo que tenemos que vivir en nuestra vida cristiana.

El Espíritu Santo fue el que sumergió a Cristo en la humanidad, que es el misterio que proclamamos en el Credo: *«por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra y gracia del Espíritu Santo se hizo hombre»*. Y se hizo hombre no solo asumiendo la humanidad, sino que el Espíritu Santo revistió la humanidad de Cristo de la humanidad pecadora. Pues ahora es el Espíritu Santo el que nos reviste a nosotros de Cristo y el que nos configura a Cristo, el que nos transforma en Él, el que hace posible que lleguemos a ser en plenitud cristianos, Cristo mismo.

Y eso es precisamente la vida en el Espíritu: los cielos están abiertos para nosotros, Cristo ha abierto los cielos, y la vida cristiana es un vivir en continuo diálogo con el Cielo, en una continua bendición del Señor resucitado, que nos hace vivir al ritmo de una unión con Dios de palabra y don, en diálogo amoroso, en diálogo de oración, escuchando la voz de Dios, abiertos al don de Dios que es el Espíritu Santo.

“Los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios, esos son los hijos de Dios” (Rm 8, 14). Por eso, si el Señor en su vida tenía siempre puesta la mirada hacia el punto central que era su Pascua, pasar de este mundo al Padre habiendo redimido a los hombres, entonces nuestra meta es la misma: con el corazón fijo en el Señor, para llegar a Él, para ser uno, una con Él, para llegar a la plena configuración con el Señor hasta el momento que, si Dios quiere, podamos participar plenamente de su gloria en el Cielo.



Terminamos con un texto precioso de Juan Pablo II, que resume en cierta manera el significado del bautismo cristiano:

Texto (Juan Pablo II, Exhortación Apostólica “Christifideles laici”, 11)

«Por el santo Bautismo somos hechos hijos de Dios en su Unigénito Hijo, Cristo Jesús. Al salir de las aguas de la sagrada fuente, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída a orillas del río Jordán: “Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”; y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto, llegando a ser hijo adoptivo y hermano de Cristo».

Hoy Dios Padre te dice a ti las mismas palabras, te recuerda que las palabras que le dijo a Jesús en su Bautismo en el Jordán son las que sigue diciendo, cada día, a cada instante, a cada uno de nosotros, que te dirige a ti: **«Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada, en ti me complazco»**. Ese es el misterio de nuestro bautismo. Somos realmente hijos de Dios en Cristo Jesús.

Esto nos llama a revestirnos de Cristo y a tener en nosotros su mismo corazón, sus mismos sentimientos, el conocimiento de la voluntad del Padre, la obediencia a la voluntad de Dios, un corazón humilde, un corazón encendido en amor, a Dios y a los hermanos, un corazón que sabe orar y aprende a vivir bajo la guía del Espíritu Santo. Dios se reviste del hombre para que el hombre se revista de Dios.

En la santa humanidad del Señor Dios se ha encarnado hasta las últimas consecuencias, a través de la humanidad de Cristo, la Trinidad entera ha asumido toda la humanidad pecadora y miserable para salvarla. Pero también en la humanidad de Cristo hemos entrado todos y somos divinizados, somos hechos partícipes del mismo ser de Dios, de la misma vida de Dios.

Ahora bien, para que eso sea posible tenemos que ser purificados, lavados. De aquí, que nuestro bautismo significa ser injertados, ser sumergidos en la muerte y resurrección del Señor, este es el misterio de nuestra vida cristiana un constante morir al pecado para ir renaciendo a la vida de Dios, ir siendo purificados, ir quitando de nosotros todo lo que no es de Dios para estar cada vez más plenamente unidos a Dios.

Recordamos las palabras de san Pablo al final de la carta a los Gálatas:

Texto (Ga, 2, 19-20)

«Estoy crucificado con Cristo: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí».

Cristo es quien vive en nosotros por el bautismo y nosotros vivimos, como san Pablo, una crucifixión constante porque constantemente hemos de morir al pecado y hemos de renacer a la vida que el Señor vive en nosotros.

Qué gozada es vivir en la bendición de Dios. Esto es el cristianismo, la vida de la Iglesia: los cielos abiertos, el cielo dialogando con la tierra, bendiciendo y guiando a la tierra, los hombres participando de la vida de Dios, los hombres aprendiendo a descubrir la voz de Dios y dejándose guiar por el Espíritu, siendo hechos de verdad miembros del Cuerpo de Cristo, guiados por el Señor resucitado, nuestro Buen Pastor. El Señor, como hombre, abre el camino, el Pastor se hace Cordero para que luego todos podamos seguir su camino.



Meditación de Miguel Ángel Pardo en el programa “Dame de beber” de Radio María emitido desde el Centro de Espiritualidad del Corazón de Jesús de Valladolid, el 13 de enero de 2008

SUGERENCIAS PARA ORAR

Algunas orientaciones que nos pueden ayudar en la lectura personal y a la comprensión del texto:

Paso a paso ...



Invocación al Espíritu

Píde que te ilumine y te abra a la comprensión de la Palabra



Lectura del texto

Lee de forma pausada para captar qué dice el texto



Meditación

¿Qué me dice el Señor en este encuentro?



Oración

Respondo al Señor, de corazón a corazón



Compromiso

Salto a la vida con otra actitud

Como resumen del texto, unas breves cuestiones a la luz del Espíritu en oración y diálogo con el Señor.

- ✓ ¿Cómo madura Jesús su conciencia de su identidad y misión? ¿Por qué Jesús “sale al descubierto” después de la vida oculta en Nazaret?
- ✓ ¿Qué dice la voz del Cielo sobre Jesús? Compara esto con la cita del profeta Isaías 42, 1 en el primer cántico del Siervo de Yahveh.
- ✓ *Hemos sido bautizados en agua y en Espíritu.* ¿Cómo te motiva este pasaje a vivir al servicio del Reino?
- ✓ ¿Qué sentido tiene para mí el recuerdo de mi bautismo?
- ✓ En nuestro bautismo cristiano hemos sido hecho partícipes de la triple función de Cristo ¿sabes qué funciones son y en qué momento del bautismo se reciben?